



LOS SECRETOS DE UN LEGADO

Erasmo Cachay

LOS SECRETOS DE UN LEGADO



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Erasmo Cachay

ISBN: 979-13-88411-40-3

ISBN digital: 979-13-88411-41-0

Depósito legal: M-22947-2026

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Existen pocas personas en mi vida,
que amo y que siempre me acompañarán,
y a ellos dedicaré siempre mi obra, a mi familia.
Y esta vez a una persona muy especial, Aude.*

*Vivimos bajo las normas erigidas de la sociedad. ¿Por qué?
Obedecemos normas constituidas. ¿Desde cuándo?
Actuamos de acuerdo a leyes establecidas. ¿Por quién?*

STUTTGART

Inicio

Stuttgart, martes, 23:30

Nadie olvidará jamás aquellos momentos que lanzaron por el suelo todos los planes de una vida, planes que se esfumaron en tan solo unos segundos. Los sueños de antiguas generaciones, las esperanzas de las venideras pueden ser tan fugaces como el sonido de los disparos que rompieron el silencio de la noche.

El coche se detuvo frente a la entrada principal del edificio sin apagar el motor. Las dos personas que se encontraban en el interior salieron. La primera era una mujer. La sombra de su silueta dejaba impregnado su físico entrenado contra la pared, con los brazos moviéndose de forma sincronizada al ritmo de sus piernas, dejando que sus largos cabellos cubrieran sus hombros y su rostro. Cerca de ella una segunda sombra, la de un hombre un poco corpulento, seguía sus pasos de forma pausada. Ni la puerta principal del edificio, cerrada a estas horas de la noche, ni los dos inexpertos guardias de seguridad habían sido obstáculo para ellos. Las dos sombras se movían con rapidez por la sala de recepción del edificio, iluminada por la luz amarillenta proveniente de los faroles de la calle, deslizándose entre la oscuridad de forma casi felina hasta que se detuvieron, afinando tanto los oídos como las pupilas. Ella hizo una señal con la mano, indicando primero que todo parecía

despejado, para después señalar con un movimiento de su dedo al tercer piso, el lugar hacia donde ella debía ir. Él asintió con la cabeza, sabiendo que su deber era regresar al coche y preparar la huida mientras ella terminaba el trabajo. Después de varios años trabajando juntos, cada uno conocía su posición, su deber y las reglas de su misión a la perfección. Un trabajo que venían ejecutando con mucho éxito. Sin perder más tiempo, ella emprendió el camino hacia el tercer piso, el lugar donde se encontraba su víctima.

El cuerpo de ella se fundió con las sombras de la escalera. El sonido de sus pasos se transformó en suaves ecos, mezclándose con el silencio. Ella esbozó una sonrisa nerviosa cuya sombra pudo verse dibujada sobre la pared aún en la oscuridad, mientras se recogía los cabellos en una cola que sujetó con fuerza, fuerza que solía obtener minutos antes de cumplir un trabajo acariciando la cadena alrededor de su cuello, una cadena que llevaba siempre consigo. Su sonrisa era propia de aquel sentimiento extraño que la invadía poco antes de culminar el trabajo para el que había sido entrenada. Una extraña unión de sentimientos de horror y placer, de remordimiento y redención. Al pisar el último escalón, ella olvidó toda duda que hubiera podido cruzar por su cabeza. No era ya una cuestión de si quería hacerlo o no. Llegado a este punto del proceso, no había marcha atrás. Para eso había sido enviada, a pesar de que era una vida que no había escogido. Pero su historia personal era solo de ella y el camino que la había llevado hasta aquí se ocultaba entre las sombras como la figura del hombre que poco a poco apareció frente a ella. Descontando lo inhumano de su acción, la satisfacción de un trabajo bien hecho no dejaba de acompañarla en momentos como este. Solo demoraría unos segundos. Y así fue. Un minuto después, ella se encontraba saliendo del edificio por la misma puerta por la que había entrado, dejando la sala de recepción desierta. Se acercó al coche con pasos firmes, subió y ambas sombras partieron.

Atrás habían dejado un cuerpo sin vida, con dos orificios en la cabeza, tendido sobre el suelo de la oficina del tercer piso. Los

sonidos de bala habían desaparecido y el trabajo se había realizado. Sin embargo, mientras el coche se perdía en la penumbra de la noche, ella tuvo la sensación de que esta vez había algo diferente. Ella tenía el extraño presentimiento de que este no era el final, sino más bien el principio.

Capítulo 1

Stuttgart, miércoles, 7:05

El coche donde se encontraban Harald Berger y Johannes Merz, su compañero, estaba aparcado frente al edificio de la corporación Brodbeck. Harald tocaba con cierto nerviosismo el papel que había encontrado junto a aquel cuerpo sin vida hacía tan solo unas horas y que ahora escondía dentro del bolsillo de su chaqueta, mientras aguardaba la llegada del metro. Un papel con algo escrito que, aun siendo una posible evidencia, había decidido ocultar de los ojos de su jefe y guardarlo en secreto. Harald era una persona que confiaba mucho en su intuición, sintiéndola esta vez de manera muy particular. ¿Por qué había decidido ocultar aquella evidencia? ¿Por qué había decidido saltarse el procedimiento? Harald se hacía esas mismas preguntas, mientras esperaba encontrar las respuestas en la persona que estaba por llegar en el próximo metro.

Harald había hecho una llamada a un antiguo amigo pidiéndole que le diera algo de información sobre una persona y dónde podía encontrarla. Su amigo, devolviéndole un favor, había buscado en la base de datos de forma no oficial y le había proporcionado ciertos datos de aquella persona que Harald quería encontrar. Los datos eran triviales, quedándose Harald con uno: su centro de trabajo, la corporación Brodbeck. Harald le había pedido a su amigo una foto de aquella persona y, aunque él mismo había calculado que tenía pocas probabilidades de que aquella persona se presentara al

trabajo ese mismo día (podía ser que estuviera enferma o de vacaciones), decidió ir al edificio de la corporación y tentar a la suerte a que aquella persona se presentara. No se le ocurrió ninguna excusa aceptable, así que tuvo que aceptar que Johannes fuera con él. En este caso, no pudo saltarse el protocolo. ¿Por qué estaba haciéndolo? Para Harald hubiera sido muy fácil seguir el procedimiento y de esa manera evitarse esta incertidumbre, pero su intuición le había indicado que algo no estaba encajando del todo con aquello que acababa de ver hacía un par de horas. Johannes, con un golpe suave sobre el hombro, retiró a Harald de sus divagaciones. «¿Es él?» preguntó, señalando a un hombre que acababa de subir por las escaleras de la estación de metro. Harald se limitó a mover la cabeza de forma seca, cuidando que su boca no abriera ninguna brecha imposible de volver a cerrar. Harald comparó el rostro de aquel hombre con la fotografía que le habían enviado al móvil. Sí, era él.

Harald pidió a Johannes que lo esperara dentro del coche, saliendo de forma tan rápida que no le dio tiempo a ninguna protesta. No conocía a Johannes lo suficiente, siendo para Harald la confianza algo que solo el tiempo podía obsequiar. Las personas empezaban a llegar al edificio Brodbeck provenientes de la estación de metro, situada justo delante del edificio. Harald se acercó de forma pausada, sin apartar la vista de aquel hombre, que caminaba de forma sosegada. Sus ojos despiertos observaban todo lo que ocurría tanto a su derecha como a su izquierda. Aquella actitud llamó la atención de Harald, ya que era un claro contraste con las otras personas a su alrededor, que no apartaba los ojos de sus móviles mientras caminaban o corrían agitadas queriendo llegar al edificio lo más pronto posible. Harald puso en su mano la identificación que siempre le había abierto las puertas más difíciles. La identificación de miembro de la policía de Stuttgart, sección de homicidios.

Harald hacía mucho tiempo que no había experimentado una sensación como la que sentía ahora. Mientras se acercaba a aquel hombre, pasó la mano de forma cautelosa por su pistola oculta

dentro de su chaqueta, para poder revisarla. Lo hizo más por costumbre y protocolo que por un sentido de inseguridad. Stuttgart siempre había sido una ciudad tranquila. Harald estaba muy agradecido de no haber tenido que usarla nunca. Sin embargo, lo que había visto sobre el suelo de aquella oficina en el tercer piso de aquel edificio era algo que tampoco había visto nunca en Stuttgart. Los orificios de bala en la cabeza, el cuerpo sin vida tendido sobre el suelo, el charco de sangre coagulado. «¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué había sido asesinado? ¿Por qué precisamente en Stuttgart?». Preguntas que recorrían la mente de Harald estando a tan solo dos pasos de conocer al hombre que había estado esperando y que quizás podría responderlas.

—¿Enrique Cárdenas? —preguntó Harald interrumpiendo el paso al hombre que se acercaba. Enrique Cárdenas se detuvo.

Enrique Cárdenas se había despertado el día de hoy como siempre lo hacía, justo antes que el despertador sonara. Tenía la extraña cualidad de despertarse segundos antes que el despertador, solo para poder apagarlo ni bien se dejara escuchar, darse media vuelta sobre la cama y poder cerrar los ojos por unos pocos minutos extras. No obstante, hoy había sido diferente. Al abrir los ojos, había percibido una inquietud inusual. A Enrique no le gustaba perder mucho tiempo en la rutina del aseo diario, habiendo conseguido a sus treinta años optimizar el proceso de la manera más efectiva posible. Él tampoco era una persona a quien le gustara mucho el deporte; sin embargo, se preocupaba de mantenerse en forma, siguiendo con disciplina férrea una pequeña rutina diaria: quince minutos de abdominales y diez minutos de trabajo con pesas ligeras. Cuando tenía tiempo, solía meditar por otros diez minutos. El día de hoy había desayunado un té verde, arroz, verduras y filetes de pavo. Para Enrique el desayuno siempre había sido la comida más importante del día, no pudiendo jamás entender como la gente se contentaba con solo una taza de café por las mañanas. Mientras tomaba el desayuno, solía repasar el plan del día en su cabeza. El día de hoy, había comenzado

diferente. Hoy le había sido imposible concentrarse retumbando sin cesar en su mente aquellas extrañas palabras de Richard de la Tour, después de la última conversación que tuvieron. Una conversación extraña, que tuvo y tendría un impacto en la vida de Enrique. «Es necesario hablar con Enzo», pensó Enrique teniendo los ojos cerrados. Una costumbre que solía tener cuando quería concentrarse, escuchando su propia voz. Enrique había tomado la decisión de ir a verlo por la tarde. Después del desayuno, había escogido la ropa del día: un pantalón oscuro (no solía usar vaqueros), una camiseta de manga larga (que casi siempre usaba con los brazos arremangados) y uno de los pocos lujos que se daba: una chaqueta de vestir hecha a la medida (ya que siempre había sido amante del arte de la sastrería). Enrique solía planear mucho lo que iba a hacer o lo que debía no hacer. Sin embargo, ni en sus más extravagantes planes se hubiera imaginado que sería abordado por un policía antes de llegar a su trabajo.

—El mismo —respondió Enrique mientras leía la identificación que Harald le estaba mostrando de forma discreta.

—Mi nombre es Harald Berger, agente de la policía de Stuttgart, sección homicidios y necesito su ayuda —Harald odiaba que aquellas primeras palabras sonaran siempre tan monótonas e impersonales.

—¿La razón? —preguntó Enrique. Por lo general, las personas se ponían muy nerviosas cuando escuchaban aquella presentación. No fue el caso de Enrique. Otra actitud que llamó la atención de Harald.

—Es un asunto oficial. No puedo dar mucha información ni en este momento, ni en este lugar; ¿le molestaría acompañarme? —respondió Harald.

—¿Tengo que ir? —preguntó Enrique sin pestañear.

—No —respondió Harald—, no tiene ninguna obligación, pero me gustaría que nos ayudara, sin tener que llevar este asunto a una citación oficial. Solo quiero hacerle unas preguntas. Pero claro, tiene todo el derecho de negarse.

La mayoría de las personas habían desaparecido de la calle. El rechinar de las ruedas metálicas del metro que acababa de partir se perdía a lo lejos. Harald miró disimuladamente al coche donde Johannes lo esperaba con visible incomodidad. Harald sabía que no tenía mucho tiempo.

—¿Qué desea saber, Sr. Berger? ¿En qué puedo ayudar? —preguntó Enrique.

Harald sintió en sus venas aquel cosquilleo de intuición que tanto amaba. Enrique Cárdenas parecía un hombre interesante, calmado y controlado. Su rostro no mostraba ninguna emoción visible, pero Harald percibía una energía palpable teniéndolo delante de él. Había algo en él que no sentía amenazante, pero sí controlado. Si acaso había tenido alguna duda de su intuición al haber decidido ocultar aquel pedazo de papel, aquella duda había desaparecido.

—¿El nombre de Richard de la Tour le dice algo? —preguntó Harald.

Enrique abrió los ojos fijándolos de manera directa en los de Harald. Harald escuchó el sonido de la puerta del coche, lo que solo podía significar que Johannes se estaba acercando. Solo tenía unos segundos.

—El día de hoy, el cuerpo de Richard de la Tour ha sido encontrado sin vida en el edificio Schneider —relató Harald en voz baja, casi susurrando—. Richard de la Tour ha sido asesinado. Él no trabajaba en ese edificio, pero aparentemente iba a encontrarse con alguien ahí. Y ahora viene la parte más interesante. En sus bolsillos encontramos dos cosas. Una identificación, una joya algo peculiar, pero lo más peculiar fue un papel arrugado con algo escrito. Podemos hablar de manera más calmada en mi oficina, a la que está invitado. No es una obligación, pero podemos evitarnos muchos papeleos si decide ir con nosotros.

Diciendo la última frase, Harald mostró a Enrique un sobre de plástico transparente con un papel amarillo donde estaban escritas dos palabras: «Enrique Cárdenas».

Capítulo 2

Stuttgart, miércoles, 7:10

El sonido de las balas rompiendo los huesos, haciéndose camino entre la piel e incrustándose en el cráneo de aquel hombre, ligado al ruido marchito del cuerpo inerte al caer, no se habían esfumado de la mente de Kata. Para ella era el sonido de un eco lejano, un sonido proveniente de algún viejo radio que no moría a la lejanía, un sonido que la acompañaba mientras introducía el pie en la habitación del hotel. Kata dejaría que el tiempo hiciera su trabajo. Aquel eco macabro se iría pronto, tal y como había sucedido con tantos otros durante los últimos meses. El hotel escogido por Boris estaba ubicado frente al *Olgaek*, en el centro de la ciudad de Stuttgart, una próspera ciudad ubicada en el sur de Alemania, la capital de la región de Baden-Württemberg. El hotel era un edificio antiguo, posicionado estratégicamente en la esquina de una de las zonas más transitadas de la ciudad, justo delante de una estación de tranvía. Una intersección vial visitada a todas las horas del día, tanto por el tráfico como por el ruido. En la planta baja del edificio existían tres tiendas: una de ropa de segunda mano, una pequeña tienda donde se podían comprar tanto cigarrillos como billetes de lotería y un puesto de venta de kebab. Aquel puesto no era el único. En tan solo cien metros a su alrededor, por lo menos cuatro negocios más de venta de kebab lo acompañaban, dándole al *Olgaek* una visibilidad más propia de una ciudad turca que de una ciudad

alemana. El olor de la carne giratoria frente al fuego acompañada de la salsa de yogur lo mismo anunciaba la hora del almuerzo que la hora de la cena. A tan solo unos metros del hotel, el anuncio marchito en neón rosado de una antigua tienda de artículos eróticos y juguetes sexuales seducía aún a algunos transeúntes a visitarla, aunque estuviera oficialmente cerrada. En el piso superior de aquel negocio, las ventanas pintadas de negro marcaban en letras doradas la palabra *sauna*, siendo conocido por todos que era visitada solo por hombres por las noches. En Stuttgart, parecía que la decadencia y la opulencia podían vivir en un equilibrio mágico. A diferencia de otras ciudades donde la violencia y la inseguridad eran la valla que los separaba, en Stuttgart vivían en una armonía casi idílica. La *Königstrasse*, la calle peatonal central donde los negocios más caros de la mano de las marcas más conocidas mostraban orgullosos sus productos, se encontraba a tan solo unos pocos metros de distancia. A unos cincuenta metros del hotel, uno de los restaurantes más selectos de la ciudad abría sus puertas los fines de semana. Pero si uno caminaba unos metros más con dirección al sur, la misma calle que albergaba a aquel exclusivo lugar se transformaba en el inicio de la zona roja (que en el fondo no era más que una calle angosta). Aquella calle y los «hoteles» que la custodiaban brillaban de un rojo carmesí por las noches. Era curiosa aquella combinación bizarra de decadencia y lujo, de vida diaria y alternativa, de lo permitido y lo prohibido en una simbiosis tanto frágil como necesaria. Sin embargo, como todo en la vida, la cara no describe el corazón. Aunque Stuttgart se enorgullecía de ser una de las ciudades más seguras del mundo, escondía secretos que no debían ser descubiertos. Quizás fue aquella contradicción no visible, pero palpable, lo que hizo que Kata sintiera algo extraño, algo casi familiar al entrar a la habitación del hotel. Algo era diferente esta vez.

Kata revisó de inmediato la habitación y el baño. Era una acción que representaba más que seguir el protocolo, se había convertido en un hábito sagrado del cual podía depender su vida y la de Boris. Ella dejó su mochila sobre la mesa de noche, acercándose

a la ventana para cerciorarse de que nada estuviera fuera de lo normal, acto seguido cerró la cortina para poder permitirse por unos segundos el lujo de dejarse caer sobre una de las dos sillas que tenía la habitación. Dos segundos después apareció Boris, repitiendo el ritual de seguridad que Kata había iniciado. Aunque ambos tenían una confianza relativa el uno del otro, habían hecho el pacto de no descuidar nunca sus deberes. «La confianza está bien, el control esta mejor» era el antiguo dicho alemán que habían hecho el suyo propio. La primera vida de Kata la había hecho comprender y aceptar que la confianza es una ilusión. Ahora, en su segunda vida, no cometería el mismo error. El haberlo hecho lo había pagado muy caro. Kata no confiaba en nadie, aunque Boris había hecho méritos suficientes durante los pasados años como para por lo menos darle el beneficio de la duda. Pero cada vez que ella sentía algo de flaqueza en ese aspecto, dejaba recorrer por su mente todos los recuerdos de su primera vida, bloqueando de esa forma todo posible sentido de confianza que pudiera estar floreciendo. Ni ella se llamaba Kata, ni él se llamaba Boris. A decir verdad, tanto él como ella desconocían sus verdaderos nombres. Era la regla y así era mejor. Boris culminó la revisión de la habitación haciendo un símbolo con el dedo indicando que todo estaba bien para después sentarse sobre la otra silla. Estaba visiblemente agotado. Ni él ni ella habían dormido lo suficiente. Kata miró su reloj, informando a Boris de que aún faltaban quince minutos para la llamada, cerrando los ojos después de haber dicho aquella frase, para poder dormirar por lo menos quince minutos.

Kata respiraba de manera profunda mientras dormitaba, controlando el flujo de oxígeno y nervios que recorría su sangre. El único miembro de su cuerpo que permitía estar inquieto era el dedo de su mano que acariciaba la cadena que tenía alrededor del cuello. La adrenalina había desaparecido, dando su lugar a todos los otros sentimientos oscuros que solían visitarla. Odio, rabia, remordimiento, pena, tristeza. Kata trató de concentrarse solo en respirar para poder olvidar todos aquellos sentimientos y poder

dar paso a por lo menos un destello de alegría y sonrisa en su vida. Con los ojos cerrados, esbozó una sonrisa. Ella estaba convencida de que así como las emociones influyen en nuestro estado físico, el estado físico también puede influir en las emociones. Todo pasa en la vida. Este momento pasaría también. Ya había vivido esta sensación varias veces. Kata se tocó la barriga (un ligero sonido en el estómago le recordó que no había comido casi nada durante las últimas doce horas) aunque ella sabía que no era el hambre lo que la motivaba a tocar su barriga, sino el vacío de su alma acompañado de un remordimiento que por momentos salía de la tumba para atormentarla. Kata tenía unas galletas en su mochila, pero el olor a carne, pan fresco y yogur que viajaba por el aire y entraba a la habitación era una tentación demasiado fuerte. Debían soportar un poco más, por el momento no podían salir.

Mucho había cambiado para Kata desde que había elegido seguir este camino, su segunda vida. Tres años que habían pasado muy rápido. En realidad, nunca tuvo una verdadera elección. Mucho había cambiado, pero, a la misma vez, poco se había transformado. Todo en la vida se vuelve rutina, hasta este trabajo. Desde que había sido «reclutada» aquella noche, su vida había mutado; sin embargo, la gran mejora nunca había llegado. Había salido de un pozo, solo para caer en otro. Ella reconocía que en aquel entonces no había tenido otra opción. La pregunta que levitaba en el aire cuando meditaba era si la tenía ahora. Cerró con fuerza los ojos. Recordó aquella noche. El sonido de la discoteca, el dulce fluir de la droga en su cuerpo. El recorrido de la muerte en sus venas. El aroma de la carne muerta engendrándose en su vientre. Los gritos de locura de su novio mientras la golpeaban, ordenándole que aborte. Los aullidos de su madre. El abandono de su padre. Solo la risa de su abuela como un rayo de sol y esperanza, en un infierno de placer y oscuridad. Hasta que llegaron «ellos». «Ellos» le ofrecieron ayuda, mientras peleaba por su vida atada a la cama de aquel hospital, completamente sola, con el vientre que había albergado a una posible vida vacía. La muerte que engendraba se había vuelto

realidad al verse en el espejo de aquel hospital. Aceptó la ayuda de «ellos», en un gesto desesperado por asirse a la vida. Si no lo hacía, pronto estaría muerta. Ella intuyó entonces que por aquella oportunidad debía de pagar un precio. No tenía ni idea entonces de cuán alto sería. Ahora estaba aquí, en un hotel de Stuttgart. Su sobrevivencia le había costado la vida a muchas personas. Estaba en esta habitación teniendo como compañía a quizás la única persona que podía llamar amigo, de la cual ni siquiera sabía su verdadero nombre. Él solo era Boris. Los quince minutos habían pasado. Kata se puso de pie, dirigiéndose al baño, dispuesta a mojarse la cara con agua fría.

Kata no era ni muy alta ni muy baja. Tenía un cuerpo atlético que entrenaba de manera regular, pero sin exageración para no perder su gracia femenina. Tenía los cabellos largos y lisos, de un color castaño natural, que solía atarlos en una cola en los momentos difíciles o de concentración. Casi siempre vestía de negro, estuviera o no en una misión. Los colores oscuros de la ropa hacían resaltar de forma involuntaria lo pálido de su piel. Solo se permitía cambiar el color a gris o blanco (casi siempre las camisetas). Pocas veces usaba calzado que no fueran botas. Una costumbre que comenzó del trabajo y que terminó haciendo suya, ya que eran cómodas. La profesión de su segunda vida la obligaba a ser ágil en cualquier momento. Kata se permitía el uso de tres joyas: un reloj electrónico en su muñeca derecha, un brazalete ajustado de cuero en la muñeca izquierda (donde tenía escondida la única joya que le había regalado su abuela) y una cadena de plata ajustada al cuello, el único recuerdo alegre de su niñez. Kata preguntó a Boris desde el baño si tenía hambre. Boris respondió con un claro sí.

A Boris le pasaba lo mismo. Después de una misión necesitaba unos momentos de tranquilidad. El caso de Boris no era muy diferente al de Kata. Después de una vida destructiva, obligado a robar para costear sus vicios, de ser golpeado por su padre, de llegar a tomar una botella de vodka (entre otras drogas) todos los días cuando ni siquiera había cumplido los veinte años, supo que

necesitaba un cambio en su vida, si es que quería vivir. Después de ver como la mujer que amaba, completamente drogada, se acostaba con cualquier hombre que pudiera costearle los vicios. Después de haber sido engañado por toda persona a la que había llamado amigo, Boris había caído en un fondo profundo, que lo había llevado a querer acabar con su existencia. Fue entonces cuando fue «reclutado». Si bien su vida la había recuperado en cierto modo, era consciente de que había cambiado una esclavitud por otra. Boris era alto, siendo un tipo musculoso sin llegar a la exageración. Solía vestir pantalones negros, botas y diferentes tipos de camisetas y chaquetas de piel. El entrenamiento de Boris había sido el mismo que el de Kata. Al igual que Kata no confiaba en nadie. Aunque Kata era lo más cercano que tenía a una amiga. Boris observaba a través de las cortinas la ciudad en silencio, intentando convencerse a sí mismo de que solo había hecho bien su trabajo. Aunque ese trabajo siempre le costaba la vida a alguien.

En eso sonó el teléfono. Kata salió de inmediato del baño y contestó. Boris se puso de pie.

—Buen trabajo, una vez más. El giro de dinero ya está hecho —dijo una voz masculina con acento estadounidense al otro lado de la línea.

—Estamos siguiendo el protocolo —respondió Kata—; si no hay nada más, en veinticuatro horas saldremos de aquí.

Kata tenía curiosidad por saber quién había sido la víctima esta vez. De todos los trabajos que le habían encargado, este había sido el más rápido y extraño. Por primera vez no habían seguido el protocolo. El día anterior acababan de terminar un trabajo en Frankfurt, cuando a las diez de la noche habían recibido la llamada de Mika, su jefe, indicándoles la nueva misión en Stuttgart. La orden había sido terminar el trabajo a más tardar en seis horas. Era muy inusual ese procedimiento. Era obvio que había un problema. Los datos de la operación habían sido muy vagos: un hombre completamente desconocido, un edificio de una multinacional, una dirección, una foto. Era como si supieran que estaría ahí en ese preciso

momento. Y eso era lo que más le intrigaba a Kata. Esta no era una operación más. «Algo no encajaba», había pensado Kata. Si Boris pensaba lo mismo, no se le notaba. Era como un buen chico quien buscaba que el padre le diera una palmada en el hombro por un trabajo bien hecho. No obstante, Kata se había percatado de un detalle, que quizás para Boris había pasado desapercibido. La voz que daba las órdenes al otro lado del teléfono no solía mostrar nervios. Hoy sí.

—¿Señor? —prosiguió Kata. Conocía su nombre, pero el protocolo indicaba que en este tipo de llamadas debía dirigirse a él como señor.

—¿Sí? —respondió la voz.

—Solo quería saber, dado que todo ha sido tan rápido, si debemos contar con complicaciones esta vez. ¿Debemos prepararnos para algo especial? —preguntó Boris después de obtener la aprobación de Kata para hablar.

—No —respondió la voz, aunque sonó dubitativa.

Boris abrió los ojos dirigiéndolos a Kata, notando esta vez él mismo aquel cambio en el tono de voz al otro lado de la línea. Tanto Boris como Kata esperaron a que la voz le indicara que estaban libres. Pero no ocurrió así.

—¿Señor? —preguntó Kata—. ¿Por qué ese silencio? ¿Hay algo más?

—Nuestro cliente de la oficina —respondió la voz— iba a encontrarse con alguien hoy en la mañana. Además, ha tenido una entrevista digamos de más la semana pasada. Esa información no la teníamos por la mañana. La persona con la que habló la semana pasada es un chico que trabajaba en una empresa local y con la que estuvo muy relacionado en la ONG. No sabemos qué tanto habló, pero deducimos que hablo de más. La otra persona, la persona con la que iba a entrevistarse personalmente, es una mujer que ha aterrizado el día de hoy en Stuttgart. No tenemos los datos aún, pero estamos seguros de que ambos se encontrarán en breve y deben actuar de inmediato, aunque sea en público.

—Señor —interrumpió Kata intuyendo lo que venía—. ¿Qué nos quiere decir? Lo que nos está pidiendo no está dentro del protocolo. No se parece a una decisión convencional. ¿Quién está detrás de esto esta vez? —preguntó Kata con cierto hastío.

—Demasiadas preguntas para alguien que no debe hacerlas. Debes conformarte con saber que el trabajo aún no está terminado. Tienen una nueva cliente para ustedes. Debe hacerse hoy. Si el chico termina metiéndose de más, creo que su lista de clientes aumentará. Les mandaré la información sobre dónde encontrarlos ni bien la tenga disponible —dijo aquella voz no dejando lugar a ninguna objeción, pero sí la duda en la mente de Kata sobre quién sería aquella nueva persona que tendrían que eliminar y por qué.

Capítulo 3

Stuttgart, miércoles, 7:15

Amanda Cordero abrió los ojos al percibir que las vibraciones de los motores del avión se detuvieron. El avión que la había traído de regreso a Stuttgart se había detenido, el avión que la había traído de nuevo a Stuttgart, la ciudad que la había visto crecer, la misma ciudad que había esperado no tener que ver en mucho tiempo. Amanda no sentía ninguna satisfacción en volar, haciéndolo solo cuando era necesario. Desde que había tomado la decisión de abandonar Stuttgart, dejando atrás todos los malos, buenos y extraños recuerdos de su vida para poder comenzar una nueva vida en Madrid, no había vuelto a poner un pie en la ciudad que a pesar de todo podía sentir como suya. Lo que no deseaba era volver a tener que sentir aquella sensación de pérdida que venía siempre acompañado de un vacío que la había tenido como rehén desde que era una niña. Tampoco deseaba volver a experimentar aquellos recuerdos que significaron dejar toda una vida por detrás: su antigua casa, su madre, sus amigas y a Enrique.

Amanda se desabrochó el cinturón de seguridad, cogió su mochila junto con su cartera y esperó a que las puertas del avión se abrieran. Conocía muy bien el aeropuerto de Stuttgart, dado que, a diferencia de ella, a Enrique le encantaba volar. Amanda jamás pudo entender ese placer que le producía volar, ni la total tranquilidad con la que Enrique parecía disfrutar no solo el vuelo, sino

incluso el tiempo en el aeropuerto o todo lo que el proceso de volar representaba. Ella solía venir al aeropuerto a darle la bienvenida cuando él regresaba de alguno de sus viajes o a despedirlo cuando partía. Primero como amiga, luego como novia. Ella jamás había viajado tanto en su vida como aquellos dos años en los que tuvo una relación con Enrique. Mientras Amanda cruzaba la rampa entre el avión y el edificio del aeropuerto, viendo el sol engrandecerse a través de las ventanas, no pudo evitar que las memorias que pensaba bien guardadas dentro de ella volvieran a cubrirla de recuerdos. La gente corría a su alrededor, empujándose de forma casi grosera deseando salir lo más rápido posible. Ella lo hacía de forma diferente, queriendo justamente lo contrario, retrasar su llegada el máximo tiempo que le fuera posible. Era otra de las cosas que había aprendido de Enrique, quien parecía no perder la calma por nada. Ella jamás había visto correr a Enrique, ni en el aeropuerto, ni en ninguna otra ocasión. Su tranquilidad era una de las cosas que admiraba de él, aunque muchas veces esa misma actitud de seguridad la irritaba, dado que esa cualidad se asomaba pintada de una latente arrogancia. Amanda, que daba la apariencia de ser una persona callada y tranquila, tenía en realidad una olla llena de grillos nerviosos en su pecho antes de iniciar cualquier actividad, inseguridad que lograba disimular de manera elegante. «¿Por qué Richard de la Tour habría elegido precisamente Stuttgart para la entrevista?», pensó Amanda mientras caminaba rumbo a la salida, presa de un cansancio que siempre la acompañaba, sobre todo por las mañanas.

Cuando Amanda era niña, también solía venir a menudo al aeropuerto, pero por una razón diferente. Por aquel entonces, el trabajo de su madre la obligaba a viajar de manera continua. Amanda había tenido una relación especial con su madre, habiendo sido no solo su madre, sino su amiga y confidente. Su madre cubrió el vacío de la ausencia de su padre. Su madre había sido siempre el eje de su cariño. Salvo una fase (la típica fase de la adolescencia, que afortunadamente no duró mucho) Amanda había confiado en su

madre, queriéndola con todo su corazón hasta el fatídico día que la perdió. Los recuerdos de su madre iban de la mano de los enormes anuncios de color naranja, azul o amarillo que se extendían en el camino mostrando coches de alquiler, seguros y gente feliz utilizando una tarjeta de crédito. Amanda no traía mucho equipaje, llevando con ella una mochila y su cartera. Este viaje había sido inesperado y esperaba que fuera corto.

Amanda comenzó a jugar con la punta de sus cabellos mientras caminaba, una costumbre algo nerviosa que no había podido desarraigar del todo. Si bien usaba sus cabellos castaños oscuros de forma larga y suelta, detestaba el rozar de sus cabellos con sus mejillas deseando siempre amarrarlos en una cola, aunque pocas veces lo hacía. Al ver su figura reflejada en unos espejos, se dijo a sí misma que debía de adelgazar ni bien regresara a Madrid. Amanda era delgada, aunque no había caído en la trampa de morir de hambre para parecerse a las modelos de turno de las revistas de moda. Ella sucumbía al pecado de ciertos placeres como una buena barra de chocolate sobre un pan caliente. Tampoco solía prestar mucha atención a su vestimenta, siendo más que toda una persona práctica en ese aspecto. Sin embargo, dado lo especial de la ocasión del día de hoy, había decidido escoger algo más individual: una blusa elegante, una falda suelta, ni muy corta ni muy larga, medias gruesas, unos botines de cuero negro y un abrigo delgado con una caída hasta arriba de la rodilla. Era octubre en Stuttgart, lo que indicaba que, si bien el calor ya se había marchado, las noches no llegaban a ser tan frías. Ella tenía por costumbre usar joyas sencillas, escogiendo para este viaje el anillo de oro grabado que siempre llevaba consigo, un brazalete, unos aretes de plata no muy grandes y su cadena preferida, también de plata. El anillo de oro había sido un regalo muy especial de su madre, quien le pidió no deshacerse nunca de él. Promesa que ella había cumplido. Richard se había percatado del anillo de oro desde el comienzo, no ocultando su interés. Richard le confesó en una ocasión que se trataba de una pieza de colección, que de seguro su madre había heredado

de sus antepasados. A Amanda le pareció extraño el pedido de Richard de traer ese anillo a su entrevista en Stuttgart. La razón que dio fue que deseaba poder comparar aquella joya en el catálogo que Richard decía tener de joyas antiguas y buscadas. A ella esa explicación le había parecido poco creíble. De todas formas, ella llevaba siempre el anillo consigo, así que no representaba ningún cambio para ella. Amanda tenía el aspecto de una ejecutiva joven, que había llegado a la ciudad a cerrar algún contrato productivo. Quizás aquella ilusión no estaba tan alejada de la verdad.

Amanda trabajaba en Madrid como asistente del profesor Oscar Lavalle, decano de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, además de especialista en historia medieval e historia moderna de Europa, así es como conocido de Richard de la Tour. Desde hacía dos años que trabajaba para él, viviendo en la ciudad donde siempre había deseado vivir. Profesionalmente había sido una buena decisión. A modo personal, no estaba tan segura. El contacto con Richard de la Tour lo había proporcionado el mismo profesor Lavalle, poco después que ella le mencionó el nombre. Richard colaboraba con Enrique y Enzo en unos proyectos que ambos realizaban de forma honoraria. Amanda había sido la iniciadora de aquel club de búsqueda. Lo que había empezado como un pasatiempo, por lo menos para ella se había convertido en un trabajo a tiempo completo. Richard se había convertido durante estos dos años en un benefactor tanto del proyecto como de los proyectos que ella realizaba en la universidad. Richard era un hombre muy versátil, así como culto, aunque algo extraño. En varias ocasiones Richard de la Tour había visitado Madrid habiendo tenido grandes charlas de historia con Amanda y con el profesor Lavalle. Ella lo respetaba mucho, sobre todo después de saber que Richard y Enrique habían entablado una amistad. Ella había sido más distante, habiendo mantenido el contacto con Richard de forma profesional. Sin embargo, dado los últimos hallazgos (como el de la Universidad de Hohenheim), así como las últimas donaciones de Richard tanto a la ONG donde apoyaban

Enrique y Enzo como a la universidad, ella no pudo negarse cuando Richard le solicitó que viniera a Stuttgart a conversar con él sobre los nuevos hallazgos en la Universidad de Hohenheim y otras cosas de interés. Algo que ella al comienzo no había querido hacer, pero que se sintió obligada a aceptar. El mismo profesor Lavalle la había animado a hacer este viaje. «¿Por qué tenía que ser precisamente Stuttgart?», era la pregunta que se hacía Amanda. Por un lado, la idea no le disgustaba, ya que le daba la oportunidad de ver a muchas personas que no había visto desde hacía mucho tiempo. En especial a su gran amigo de la infancia, Enzo. Había también llamado a su amiga Sandra, quien la iba a recibir con gusto en su casa durante el fin de semana que pasaría en Stuttgart. El lunes temprano volvería a Madrid. Amanda le había pedido a Enzo no decirle a Enrique que ella estaría en Stuttgart. Quería decírselo ella misma. La realidad era que, aún no había decidido si iba a hacerlo o no. Mientras las puertas de salida se abrían, llegó a su rostro cual espejismo, la imagen llorosa de los ojos de Enrique despidiéndose de ella hacía dos años. En aquel entonces, ella esperó a que él le dijera algo, que le pidiera que no viajase. Sin embargo, ella lo conocía lo bastante bien como para saber que él no haría algo así. Enrique guardó silencio.

Amanda prosiguió su camino rumbo a la estación de metro en la parte inferior del aeropuerto. En Stuttgart, los cambios no eran algo muy bien vistos. Amanda había intuido que, a pesar de haber estado dos años fuera de la ciudad, todo estaría tal y como ella lo había dejado. La realidad le estaba dando la razón. Amanda tomaría el metro y en unos veinte minutos estaría en el centro de la ciudad. Lo único diferente que la sorprendió fue ver la cantidad gigantesca de personas que ahora recorrían los caminos del aeropuerto. Stuttgart no sería tan conocida como otras ciudades alemanas, pero tenía una vida comercial bastante activa. Ella siempre había sido relativamente feliz allí. Desde niña, cuando recorría las calles jugando, cuando iba al colegio, cuando se encerraba en su habitación leyendo o hablando con sus amigas, cuando esperaba

la llamada de aquel chico que nunca llegó o cuando organizaba sus salidas al *Volksfest*, vistiéndose con unos *Dirndl* que le quedaban muy bien. Sus salidas en las noches, aquel primer beso en el *Fenersee*, aquella primera noche en el cuarto de aquel chico en *Bad Canstatt*. Amanda, sin ser originaria de la ciudad, había crecido en ella, habiéndola sentido como suya. Toda su infancia, así como su juventud, habían transcurrido en las calles y lugares de la ciudad más tranquila que había conocido. De su niñez, sobre todo de la manera como ella y su familia llegaron a la ciudad, prefería no hablar. Solo Enrique conocía la verdadera historia. Cuando perdió a su madre, poco después que le diagnosticaran aquella maldita enfermedad, la ciudad y su mundo dejaron de tener la importancia que habían tenido. Amanda sentía que debía escapar, olvidarse del pasado y empezar de nuevo. A pesar de lo que aquella decisión significaba, encontró la mejor ayuda posible en Enrique. «¿Por qué tuvieron que separarse?». Aquella era la pregunta que ella misma se hacía en las noches de soledad o durante los viajes. Quizás por eso no le gustaba viajar, ya que significaba pasar tiempo con la persona que a veces menos entendía: ella misma.

Amanda había tenido siempre la ilusión de vivir en Madrid. Sin su padre, sin su madre, con una vida profesional que recién empezaba, con el deseo de comenzar desde cero (o quizás de escapar), la oferta del profesor Lavallo le había llegado como caída del cielo. Amanda acababa de bajar las escaleras eléctricas que la habían llevado al andén de la estación de metro. Ahora se encontraba esperando el siguiente metro que la llevaría al centro de la ciudad. El aire del túnel, frío y violento, junto con el ruido metálico de unas ruedas le indicaban que el tren estaba acercándose. El viento hizo mover sus cabellos que ella cogió en el aire, acariciando las puntas de forma nerviosa. Quizás fue el aire, quizás el recuerdo, quizás el ruido o murmullo de las personas a su alrededor lo que la obligó a limpiarse una pequeña lágrima que se había formado en sus ojos. Las puertas del tren se abrieron y ella entró.

Amanda sacó su teléfono móvil de su cartera y revisó sus mensajes. Solo había dos. Y los dos muy inesperados. El primero era un intento de llamada del profesor Lavalle. El segundo era de Richard de la Tour. Era una llamada perdida que había hecho unas dos horas antes, cuando ella se encontraba en el avión. Richard no había dejado ningún mensaje. El tren abandonó el túnel que lo alejaba del aeropuerto, mostrando a Amanda la vista de campos verdes adornados de un cielo azul. La neblina de la mañana había dado lugar a un día soleado. Mientras Amanda disfrutaba del paisaje su teléfono sonó.

—¡Profesor! Hemos sincronizado perfectamente —comentó Amanda alegrándose de que la primera llamada que recibiera fuera del profesor Lavalle—. Acabo de aterrizar hace unos minutos. Ya estoy camino a...

—¡Amanda! —respondió una voz triste al otro lado del teléfono.

—¿Profesor? ¿Qué ocurre? —preguntó Amanda sintiendo el tono de voz de Lavalle.

—Es sobre tu entrevista de hoy —respondió Lavalle—. Es sobre Richard. Ha intentado llamarme durante la madrugada.

—Qué curioso, a mí también —interrumpió Amanda.

—¿Te ha dejado algún mensaje? —preguntó Lavalle.

—No —respondió Amanda.

—A mí sí —agregó Lavalle—, y me ha preocupado mucho lo que me ha dicho. Me temo que haya pasado algo grave. Amanda, escúchame con atención, ya que temo que a ti también te pase algo grave. Debes escucharme y contactar a una persona que sé que quizás prefieras no contactar, pero que estoy seguro conoces muy bien.

